



SANTOS OTERO DE, Aurelio (Editor), Los evangelios apócrifos. Biblioteca de Autores Cristianos. Colección Estudios y Ensayos – Teología. Madrid, 2004. E

Tema: Versión íntegra de los evangelios apócrifos, acompañada de introducciones nuevas y de reseñas bibliográficas actualizadas.

Por: Lope Carvajal Puyana

El Autor es licenciado en teología, doctor en filología eslava y oriental. Nació en Muñoveros, Segovia, en 1927. Hizo estudios humanísticos en Salamanca, teológicos en Roma y filológicos en Munich. Ha desarrollado la mayor parte de su actividad académica en Bonn, en la Rheinisch-Westfälische Akademie der Wissenschaften.

La presente obra fue publicada ya por la BAC en 1956 en forma de edición crítica y bilingüe. Esta edición se dirige a un público más interesado en tener el texto de los Evangelios Apócrifos en castellano, sin tener necesidad de toda la información del aparato crítico. El autor actualiza las introducciones a cada texto, y pone al día también las reseñas bibliográficas.

El libro trae inicialmente una introducción general, seguida de un catálogo de apócrifos neotestamentarios y de una referencia a varios apócrifos tardíos. Enseguida pasa a presentar textos fragmentarios : Evangelios Apócrifos perdidos, fragmentos papiráceos y “Agrapha” (palabras o dichos de Jesús que se pueden encontrar dispersos en diversas fuentes antiguas ajenas a los Evangelios). Siguen los Apócrifos de la Natividad. Después, los Apócrifos de la Infancia, los Apócrifos de la Pasión y Resurrección, los Apócrifos de la Asunción, las Cartas del Señor y por último, los Apócrifos gnósticos de Nag Hammadi.

La literatura apócrifa nace de esta manera: después de la predicación de Cristo y de los Apóstoles, fueron apareciendo muchos escritos que recogían las enseñanzas del Señor. Dice San Lucas en el comienzo de su Evangelio: “Ya que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han cumplido entre nosotros, tal como nos lo han enseñado quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me pareció también a mí, después de haber investigado todo con exactitud desde los orígenes, escribírtelo a ti, distinguido Teófilo, para que conozcas la firmeza de las enseñanzas que has recibido” (1,1-4). Unos de estos escritos serían inspirados, y vinieron a constituir en Canon del Nuevo Testamento. Otros serían intentos llenos de buena voluntad, tratando de fijar la predicación de Cristo, posiblemente con imprecisiones y errores

involuntarios. Finalmente, habría escritos mal orientados, defendiendo errores en lo doctrinal. Y habría un género especialmente peligroso para los cristianos, que correspondía a libros que los herejes pretendían hacer pasar por ortodoxos, y en los que se mezclaban intencionadamente la enseñanza de Jesús, con errores. Era una manera de sembrar la confusión en la Iglesia. Los primeros cristianos estuvieron atentos a ese peligro.

En la introducción general, el libro precisa que la palabra apócrifo significa inicialmente cosa oculta. Concretamente, texto oculto de un autor. Al hablar de ocultamiento, cabe pensar por lo menos en tres posibilidades: la primera, que el escrito se haya perdido por casualidad y haya quedado oculto, olvidado. La segunda, que el escrito lo haya ocultado el autor mismo, tal vez por considerar que aún no era publicable, o que no era oportuno difundirlo en ese momento. La tercera, que el escrito lo haya ocultado alguien distinto del autor, porque el escrito afectaba intereses que se querían proteger de esa manera. Estas posibilidades suponen que el autor a quien se atribuye, sea realmente el que lo escribió. Porque puede haber una cuarta posibilidad: que una persona o grupo quiera engañar, y para ello, presente un escrito atribuyéndolo falsamente a un autor, para crear confusión a otros, por ejemplo a los creyentes cristianos.

Veamos cómo este tema aparece, por ejemplo, en el prólogo del “Evangelio de Pseudo Mateo”: “...considerando que en ellos (los libros apócrifos) se contienen muchas cosas en pugna con nuestra fe, creemos prudente rechazarlos en su totalidad, no sea que, a propósito de Cristo, vayamos a proporcionar júbilo al Anticristo”. Esto lo dice un apócrifo, y se nos plantea la pregunta: ¿Se trata de alguien fingiendo preocupación por la ortodoxia para ser tomado como auténtico? Es posible. También dice el prólogo del Pseudo Mateo: “...rogamos (a San Jerónimo) que traduzcas el mencionado volumen, para rechazar la astucia de los herejes, que con la pretensión de acreditar su perversa doctrina, mezclaron mentiras en la santa Natividad de Cristo...”. Cabe la misma inquietud y la misma pregunta que nos hacíamos, sobre la intención de quien escribe. Esta última posibilidad dio origen a un segundo significado de apócrifo: escrito no auténtico, del cual no se tiene la seguridad de la autoría, o escrito que se conoce como ciertamente falso.

Muy interesante en el comienzo del libro la referencia a la aparición de los catálogos de apócrifos a lo largo del tiempo: San Ireneo, en el siglo II, en su obra “Desenmascaramiento y refutación de la falsa gnosis”, cita el llamado “Evangelio de la verdad”, como apócrifo. El “Fragmento Muratoriano”, siglo II, da una lista de libros considerados auténticos y de otros considerados falsos. Dice el Fragmento: “Circulan además, una Epístola a los Laodicenses y otra a los Alejandrinos, falsificadas bajo el nombre de Pablo (...)”. Orígenes, en el siglo III, en su primera homilía sobre San Lucas, da una lista de apócrifos; esa lista es usada posteriormente por Eusebio de Cesarea, San Jerónimo, Beda, etc.

En el siglo IV, año 367, San Atanasio da la lista definitiva de los 27 libros que integran el Nuevo Testamento, y que será la base para fijar el canon de los libros auténticos. Fijado el canon del Nuevo Testamento, sigue el interés en señalar los libros no auténticos, y que pueden hacer daño a los creyentes. A principios del siglo V, el Papa Inocencio I envía una carta a los obispos de Tolouse, mencionando escritos apócrifos atribuidos a Matías, Santiago, Pedro, Juan, Andrés y Tomás. En el siglo VI, un presbítero de nombre Timoteo hace un recuento de obras maniqueas, incluyendo los llamados “Evangelios” de Tomás y Felipe, y los “Hechos” de Andrés. La lista más completa de apócrifos aparece en el “Decreto Gelasiano”, que presenta 60 títulos de textos apócrifos. No hay certeza sobre el autor de este documento, que pretende ser parte de la documentación de un concilio convocado por el Papa Dámaso para resolver asuntos de fe. Está, además, la lista de Nicéforo, patriarca de Constantinopla, que incluye el dato del número de líneas de cada obra catalogada; posiblemente corresponde al siglo IX.

Leyendo los textos de los apócrifos, se encuentran claras razones para excluirlos de las lecturas sanas: a veces se tratará de planteamientos doctrinales inadmisibles por el cristiano; otras veces serán relatos claramente fantasiosos, con exabruptos sorprendentes, que el mismo sentido común rechazará. El tono de las narraciones de los apócrifos es ciertamente, extraño, distinto a la simplicidad que leemos en los relatos que conocemos como auténticos. Agradecemos a los Apóstoles, la Tradición de la Iglesia; a los Padres de la Iglesia, a los Padres Apostólicos, a los cristianos doctos de los primeros siglos de la era cristiana, su trabajo atento para detectar los escritos que incluían doctrina falsa, errores, y que atentaban contra la verdad revelada. Por supuesto, el creyente debe agradecerle a Dios que ha dispuesto las ayudas necesarias para que la Iglesia pueda identificar el error y definir lo que en realidad es Revelación divina.

El capítulo VII del libro trae los apócrifos gnósticos hallados en Nag Hammadi, pueblo egipcio situado en el Alto Nilo. El hallazgo se hizo entre 1945 y 1946, y consta de 52 obras que corresponden a los siglos II-IV de nuestra era. El autor de este libro da la preferencia a los evangelios de Tomás y Felipe, y ofrece una versión castellana, a partir del original copto. Esta biblioteca supuso un aporte muy importante a los cristianos para conocer mejor el gnosticismo. También les ha servido a los gnósticos modernos para revivir sus insidias contra la doctrina cristiana (por ejemplo, reviviendo la supuesta relación sentimental de Cristo y la Magdalena, núcleo del difundido libro El Código Da Vinci).

Lope Carvajal Puyana
Capellán Mayor. Profesor de Teología
Mayo de 2005

Público: Especializado, lector de Teología y de Historia